

## CAPÍTULO 24

### Sabores y sin sabores en la vida de María Lejárraga

ROCÍO PILAR SALINAS DÍAZ  
*Avans University*

La vida es una copa llena de tragos dulces y amargos. La de María Lejárraga (1874-1974), autora de éxitos internacionales, destacada feminista y política, también lo fue. A continuación quiero presentar una biografía gastronómica: un recorrido por los sabores que compartió con amigos y célebres colaboradores y los sinsabores que padeció a lo largo de una vida marcada por dos guerras mundiales y una guerra civil. Quisiera que estas palabras sirvieran de homenaje, culto, un brindis por esta riojana ilustre pero tan poco reconocida.

María Lejárraga nació en San Millán de la Cogolla, de aquí se le quedaría para siempre en la sangre el amor a los montes, a los monasterios, a las praderas, a los bosques de hayas... y a las cabras, ya que se crió con su leche y quizá esto explique según ella: «el modo un tanto agreste de su espíritu que tantos lustros de contacto con seres humanos ultracivilizados no han logrado pulir»<sup>1</sup>.

Quizás son los sabores de la infancia los que más hondamente perduran en nosotros por estar unidos al sentimiento de libertad y al apego de las personas que más queremos. Recuerda la niña ir al gallinero con su abuela y beber la sopa en vino destinada a los polluelos o visitar a las vecinas que la obsequiaban con una patata calentita, de las que cocían para alimentar a los cerdos, a sus 75 años aún no había olvidado: «aquel sabor profundo y elemental y recordándolo, ha sonreído con desdén siempre que en los banquetes del mundo le han

---

<sup>1</sup> M. Martínez Sierra, *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia, 1989, pág. 259.

servido trufas»<sup>2</sup>. Esta es una buena muestra del carácter sencillo de esta mujer, «humilde entre humildes» así se definirá a sí misma cuando comience a predicar el socialismo entre la clase obrera.

María estudió Magisterio, una de las pocas profesiones consideradas propias del sexo femenino a principios del siglo xx, para ella despertar la curiosidad y moldear las mentes infantiles era una vocación, aunque las condiciones del sistema educativo español no hacían fácil la labor: daba clase a unas 50 niñas de entre 7 y 14 años, un día les pidió que escribieran una composición con el título ¿Qué quisieras hacer tú durante un día entero para ser completamente feliz? Las respuestas son una muestra de la situación en que se encontraba Madrid a principios del siglo xx: «Yo iría al café y comería ‘bisté’ con patatas»; “Yo iría de merienda y comería filetes empanados, y merluza frita, y flan de postre”; “Yo comería jamón y tortilla y chuletas y muchos pasteles”<sup>3</sup>. Con mala letra y faltas de ortografía la niñez madrileña confesaba su hambre, dice María: «¿qué otra cosa sino hambre cotidiana y sin esperanza puede significar el que las imaginaciones infantiles identifiquen la soñada felicidad con un *beefsteak*, un filete o una chuleta?»<sup>4</sup>. Por mucho que María tratara de alimentar las mentes de esa chiquillería con su ilusión por aprender, sus estómagos tenían hambre y este será uno de los sinsabores que acompañará a María a lo largo de su vida y por los que luchará encarecidamente.

El hambre en España era a principios de siglo «el pan nuestro de cada día», valga la paradoja, y María durante su infancia convivió con esta realidad sin percatarse de que pudiera existir otra posible, jugaba con las niñas de los asilos donde su padre ejercía de médico y recuerda que compartía con las asiladas el pedazo de pan seco que se les daba de limosna: «nos sabía riquísimo, bien lo recuerdo»<sup>5</sup>. Esta realidad será la semilla que fecundada con el arte y la revolución social, despertará a María Lejárraga y la hará escribir los más sinceros y realistas dramas, las más profundas y serias reflexiones políticas y feministas.

En el invierno de 1900 María se casa con Gregorio Martínez Sierra, con quien comparte la ilusión de escribir un drama, a la mañana siguiente de la noche de bodas les llevaran a la cama café, churros y buñuelos calentitos. Esta pareja conformará la sociedad literaria más extraordinaria de la historia de la literatura, firmarán con el nombre «Gregorio Martínez Sierra», ya que a principios del siglo xx ser una mujer literata manchaba la reputación, más aún para una maestra de escuela con cuyo sueldo, siete pesetas y media diarias, sobrevivía el matrimonio que llegará a estrenar en teatros internacionales y se codeará con lo más selecto de la literatura española.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, pág. 260.

<sup>3</sup> M. Martínez Sierra, *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia, 1989, pág. 81.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, pág. 83.

<sup>5</sup> M. Martínez Sierra, *Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración*, Pre-textos, Valencia, 2000, pág. 129.

1. AMIGOS A LA MESA. LAS TERTULIAS CASERAS EN *LA CASA DE LA PRIMAVERA*

Pero para lograr esa ilusión común y estrenar en un teatro había que hacerse una firma. Así Gregorio se codeará con importantes literatos figuras de la época como Jacinto Benavente quién les escribió el prólogo a su primer libro. Pero Benavente se negó a conocer a la coautora de las obras hasta pasados más de diez años hasta que el éxito llamó a su puerta. A partir de entonces se sentó a su mesa innumerables veces y María recuerda que: «Era [...] golosísimo y siempre traía algún dulce selecto. Y aún inventaba combinaciones de hiperdulzura por ejemplo la crema de *marrons glacés* envuelta en blancas nubes de crema de Chantilly. Era curiosa y sabrosa paradoja escuchar, mientras saboreábamos la golosina, los comentarios a la vida tan ingeniosamente agudos y punzadores...»<sup>6</sup>.

Otro de los comensales a su mesa fue Santiago Rusiñol, gran figura de la pintura y la literatura modernista catalana, actuaba como un padre para Gregorio, pero también tardó años en conocer a María, debido a su rechazo por el sexo femenino. Fue en París, donde tras una tarde paseando y bebiendo él alcoholes diversos, ella agua de Perrier, Rusiñol acabó diciendo: «María no es una mujer: es un amigo»<sup>7</sup>. Era Rusiñol bebedor insaciable y comedor refinado, a veces llegaba con un faisán que le habían regalaban los guardias de los jardines de Aranjuez donde pintaba, o un tarro de Rovellons «sabrosísimas setas catalanas que le enviaban de su tierra conservadas en aceite, o legítimos embutidos mallorquines... o alguna especialísima golosina»<sup>8</sup>.

Como el alcohol amenazaba su salud, María al principio, servía vino y licores moderadamente para no contribuir a la enfermedad de su amigo, hasta que un día Rusiñol le dijo: «¿Qué saca usted de que yo esté triste o inquieto o abatido mientras estoy aquí, si sabe usted de sobra que, en cuanto me vaya, lo primero que haré será beber en otra parte? Comprendí —dice María— que tenía razón y renuncié a mis necias precauciones»<sup>9</sup>. Pero nunca lo vio embriagado, el alcohol aguzaba su ingenio y hasta le inspiraba para trabajar, según su amiga.

Otro contertulio a su mesa y gran amigo durante su juventud fue el poeta Juan Ramón Jiménez, quién bautizó poéticamente la casa de María como *La casa de la Primavera*, allí paseaba, leía, escribía y hablaba con María muchas tardes. A veces, el poeta se negaba a comer con la pareja para no dejar solo a su amigo el Doctor Simarro: «¡Cuántos mediodías, mientras almorzábamos, daba él vueltas alrededor de nuestra mesa picando ya una patata frita, ya una raja de chorizo, porque a pesar de su alma poética, era tan aficionado como yo al sabroso

<sup>6</sup> M. Martínez Sierra, *Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración*, Pre-textos, Valencia, 2000, pág. 100.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 105.

<sup>8</sup> *Ídem.*

<sup>9</sup> *Ídem.*

embutido riojano... Mi marido, a quien impacientaba un tanto su “revolotear”, solía decirle: “Siéntese usted y coma de una vez”»<sup>10</sup>.

A través de sus cartas, comprobamos lo profunda e íntima que era su amistad. María le escribe al poeta: «me acuerdo de Juan Ramón con su melancolía en la calle Lista, tomando el sol, mirando la luna, riéndose no pocas veces, y comiendo patatas fritas... “¿se acuerda usted del invierno pasado? Por ahora estuve yo mala y comíamos en la mesa chiquita, y entraba tanto sol del jardín...”; “el arte da en el presente momento histórico, para añadir bastante sobreasada a las patatas fritas, y no olvido que ambos majares del gusto de usted”; “...tengo un traje de terciopelo negro —¿no se anima usted a venir a verle?— y una cocinita de gas donde salen las chuletas a la parrilla con una espiritualidad asombrosa. Con esas armas, no temo rivales”»<sup>11</sup>.

Otro amigo, colaborador y comensal a su mesa fue el músico Manuel de Falla con quien creó *El amor brujo*, pero antes de que el éxito llamara a su puerta el maestro pasó hambre, así nos dice María: «Fiel a su musa, y prefirió el hambre a la claudicación: el hambre, sí, porque, durante sus siete años de estancia en París [...] se vio no pocas veces obligado para comer a recurrir a las “primas” que ofrecían en sus anuncios las fábricas de productos alimenticios, y así llenando y recortando bonos en los periódicos, obtenía de vez en cuando una muestra de cacao soluble, una lata de conservas, un paquete de harina lacteada. Si, a días, invitado en casa de un amigo rico, alcanzaba a cenar normalmente, era ya tal su costumbre de no comer, que al día siguiente estaba enfermo»<sup>12</sup>.

María y Falla colaboraron durante años y viajaron bastante, en uno de sus viajes por Andalucía, una tarde paseaban por Ronda y compraron roscas de pan: «El pan de Ronda era, antes de la guerra española, manjar de dioses, metidito en harina, dorado, coruscante. Comíamos y andábamos [...]»<sup>13</sup> y del paseo y del pan nació la copla *El pan de Ronda que sabe a verdad*. En unas vacaciones en Noreña en casa de Pérez de Ayala, su colaborador en la revista *Helios* recuerda: «éramos casi perfectamente felices [...] comidas de abundancia homérica, unas veces en la casa, otras en el campo, que empezaba a la puerta misma del caserón, horas de pereza en el huerto...»<sup>14</sup>.

María ganó una beca para estudiar Pedagogía en Bélgica y de sus viajes también nos regala detalles gastronómicos importantes para conocer cómo era Europa a principios del siglo xx. María recuerda que en Burdeos desayunaron «panecillos bordeleses, delicioso el café, fresca y con sabor a avellana

<sup>10</sup> M. Martínez Sierra, *Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración*, Pre-textos, Valencia, 2000, pág. 232.

<sup>11</sup> R. Gullón, *Relaciones amistosas y literarias entre Juan Ramón Jiménez y los Martínez Sierra*, Publicaciones de la Universidad de Puerto Rico, 1961, págs. 69-94.

<sup>12</sup> M. Martínez Sierra, *Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración*, Pre-textos, Valencia, 2000., pág. 254.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, pág. 192-193.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, pág. 237.

la mantequilla servida... en forma de caracolitas. Antes de 1914 a Francia, con arraigado sentido gastronómico, no se le había ocurrido adulterar los alimentos»<sup>15</sup>.

Eran jóvenes y estaban impacientes por conocer mundo, viajaban en el tren de tercera clase para ahorrar y poder saborear alguna delicia parisiense y así dice: «El café era tan bueno que le pedí que me sirviesen ración doble; los croissants, deliciosos. Pagué con treinta céntimos de franco...»<sup>16</sup>. Comían en la *crémérie* y por un franco cincuenta saboreaban «un par de huevos frescos al plato sobre una buena loncha de jamón, y un gran tazón de café à la crème o una botella de leche, amén de todo el pan que se nos antojara»<sup>17</sup>.

La primera noche en París se dieron el lujo de cenar en la Cervecería Pousset y de sobremesa, recontaron impresiones, e hicieron planes de diversión y de trabajo. Trabaron amistad con el editor Garnier quien les publicará varios libros y les invita a comer a su mesa: «Era gourmet entendido: nunca olvidaré el formidable vol-*au-vent*, gloria de la cocina francesa —con más setas que trufas— que nos hizo gustar en el primer almuerzo acompañado por un borgoña blanco también inolvidable»<sup>18</sup>.

También en París, años después coincidirían con Eugenio D'Ors, de quien María recuerda que comía «con evidente satisfacción saboreando los manjares sencillos, la tostada de pan frotada con ajo, regada con aceite, delicia de las tierras catalanas y provenzales; gusta de beber bien y en copas anchas para sentir por más poros a un tiempo el zumo de la vid»<sup>19</sup>.

María se fue sola a Bélgica con su beca de estudios y allí vivirá en un convento donde merendaba con una viejita que «hacía el té y yo llevaba ya una tarta de fruta, ya un *cramic*, exquisito bollo belga que entonces no costaba más que cuarenta céntimos»<sup>20</sup>. Por navidad le regalaron un cargamento de *pain d'épices*, bombones y chocolate. De sus impresiones de Bruselas, recuerda cómo decoraban los escaparates: «¡Que arte tienen flamencos y valones, aficionados al bien comer y mejor beber, para presentar, idealizándolos, jamones, embutidos, aves, pescados, frutas, golosinas, vinos y licores, entre dorados, plateados flecos, musgos, cintas y flores!...»<sup>21</sup>.

Pero Gregorio volvía y continuaban viajando, en Colonia durante el descanso de la obra *Los Maestros cantores de Nuremberg* ofrecían: «salchichas y otras porcinas *delikatesen* que el respetable y elegante público devoraba en los entreactos, pero nosotros no estábamos acostumbrados a mezclar las emociones de la mú-

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 246.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pág. 251.

<sup>17</sup> *Ídem.*

<sup>18</sup> M. Martínez Sierra, *Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración*, Pre-textos, Valencia, 2000, pág. 254.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 293.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pág. 275.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pág. 280.

sica con las delicias del embutido»<sup>22</sup>. Cuando salieron del teatro ya solo servían cerveza y tuvieron que acostarse sin cenar.

De su viaje a Londres en barco tras un mareo espantoso recuerda «la reconfortante taza de té con que Inglaterra nos recibiera [...] a la orilla misma del agua. Tal bienestar sentía mientras la caliente infusión iba descendiendo dentro de mí y aplacando los restos del tumulto entrañable, que cerraba los ojos para gozarle mejor...»<sup>23</sup>. Ya en el hotel recuerda desayunar té, nata fresca, mermelada dulceamarga y pan tostado. Pero María, lectora empedernida, llevaba a Londres un capricho: «quería beber *whisky* como mister Pickwick y sus compañeros de quijotescas aventuras... probéle ¡Ay de mí! No me gustó. Súpome y sigue sabiéndome a infusión de suela. Le detesto en todas sus combinaciones»<sup>24</sup>.

En Italia, junto con unas habas frescas de postre probó su «primera copa de Marsala. Prefiero el dulce chispisaltante moscatel de la provincia de Madrid»<sup>25</sup>. Y en Milán la musa de la inspiración vino a susurrarles un futuro éxito; tras comer en el restaurante de la Cooperativa socialista pollo asado y beber Chianti, nació la idea para su mayor éxito *Canción de cuna*.

El matrimonio se acaba separando aunque la colaboración literaria permanece y María seguirá viajando, en Viena donde fue al Congreso de la Asociación por la Paz y la Libertad, tras la I Guerra Mundial, «las mujeres norteamericanas instalaban puestos de auxilio para proporcionar latas de leche a los niños hambrientos [...] pero en los restaurantes no faltaba refinamiento ni golosina para los extranjeros que acudían a la baratura de la ruina como moscas a la miel»<sup>26</sup>.

## 2. SINSABORES: EL HAMBRE Y LA GUERRA

A lo largo de su vida María vivió estas dos realidades tan distintas, desde pequeña convivió y comió el pan seco con las niñas asiladas, en su juventud pudo gozar las mieles del éxito y los sabores en compañía de amigos y colaboradores, pero nunca se desligó de la realidad social que le rodeara y que plasmará en muchas de sus obras, puramente realistas.

Antes de escribir otro de sus grandes éxitos nacionales e internacionales *El reino de Dios* y para documentarse se internó unas semanas en un convento donde convivió con el lado oscuro de la miseria humana, los proveedores malpagados suministraban los alimentos de ínfima calidad y los asilados perecían de hambre: «a pesar de ello, hacían huelgas en el comedor cuando faltaba el vinagre en la ensalada o el pimentón que al menos coloreaba el caldo deslavazado de las eternas sopas. [...] Cuando volví a mi casa [...] parecíame que la vida corriente no tenía

<sup>22</sup> *Ibíd.*, pág. 288.

<sup>23</sup> M. Martínez Sierra, *Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración*, Pre-textos, Valencia, 2000, pág. 303.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, pág. 309.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, pág. 336.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, pág. 143.

sentido: era algo no solo injusto, sino inverosímil [...] tardé en reacostumbrarme al vivir común: familia, amor, esfuerzo para ganar el pan, para lograr un poco más de perfección en el arte, lecturas, espectáculos, aquel verso perfecto, aquella música... Comer sobre blancos manteles, en vajilla de tersa porcelana, beber en copas de tallado cristal... aquella carta que no quiere llegar, aquellas flores que trae un amigo, aquellas gotas de perfume que echo en el agua para lavarme, ¡qué absurdo, y, sobre todo qué irrealidad! ¿Dónde estamos, mi alma?»<sup>27</sup>.

Ese mismo pudor y esa conciencia, junto con las ansias de ilusión por cambiar esta triste realidad, serán los que a sus 57 años la llevaran a ser propagandista política por el «el menos delirante de los partidos» [...] Mis primeros atisbos de que la organización social no era lo que debiera ser, me los dio [...] a partes iguales el cocido con azafrán pero sin carne que veía comer a los albañiles sentados en el suelo a pie de obra, y la observación reiterada, medio humorística, medio suspirante, de mi madre: «A todo mes le sobra una semana». Mientras fui niña, no supe que nadie se hubiese preocupado de aquel problema que a mí me intrigaba: «¿Por qué el que trabaja más es el que come menos?»<sup>28</sup>.

En la primera de las conferencias electorales que dio María por Andalucía, predicando el socialismo y el feminismo, una mujer se desmayó de hambre. En ese mitin no pudo hablar de otra cosa, habló del hambre. «Tenéis hambre... hoy no habéis comido..., ni acaso ayer... ¿Qué había en casa a mediodía? Tal vez unos mendrugos de pan duro recogidos en el arroyo... se los habéis dado a las criaturas. ¿Y mañana? Mañana es preciso comer. ¡Mañana tenéis la obligación de comer! Solas no podéis. Una por una, no podéis..., pero juntándoos sí compañeras, sí». De esta manera, a las mujeres, hablaba María en su propaganda política.

Le es imposible olvidar de estos viajes por Andalucía los gritos de los chiquillos mal cubiertos de andrajos que desde el andén suplicaban al pasajero... «¡Un cachito de pan, señorito, un cachito de pan! ¿No le ha quedado nada de la merienda? [...] Y Andalucía es la tierra de los olivares y de los viñedos —lagunas de aceite, bodegas como catedrales, sin contar el tabaco y la caña de azúcar... sin contar el trigo—»<sup>29</sup>, comenta indignada.

De las casas que visitara recuerda «en todas estas miserables guaridas, no he visto un solo fogón, un rincón donde encender una lumbre, un solo puchero, una cazuela en que cocer un alimento. Aquí no se ha comido nunca nada caliente. Aquí, cuando despiertan los chiquillos, las madres los echan a la calle como gatos, a ver lo que pueden hallar para comer... [...] Y Alfacar tiene el orgullo de fabricar el pan, verdaderamente exquisito, que se come en la capital de provincia»<sup>30</sup>.

Esta era la realidad social de los pueblos de Granada en 1933 y en los días de fiesta los niños miraban con deseo «los montones de caramelos rancios, de

<sup>27</sup> M. Martínez Sierra, *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia, 1989, págs. 132-135.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pág. 79.

<sup>29</sup> M. Martínez Sierra, *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia, 1989. Pág. 93.

<sup>30</sup> *Ibid.*, págs. 145- 149.

almendras bañadas en almidón y azúcar, los higos secos y medio apolillados»<sup>31</sup>. Y tras visitar otro pueblo un compañero le dice: «—Si quiere usted que en la taberna mandemos preparar algo para comer...y ella responde: —Hombre de Dios, aquí no hay derecho a comer si no puede uno repetir el milagro del pan y los peces»<sup>32</sup>.

En otro mitin, como la muchedumbre se niega a escuchar, María le hablará a los niños que allí había para que se le transmitan el mensaje a sus padres: «¡Madre, quiero un tazón de leche para desayunar, madre, no quiero ir a la escuela descalzo, madre, [...] quiero que cuando te sientas a la mesa con mi padre y conmigo, puedas estar contenta porque has tenido con qué llenarnos bien los platos y dar a cada uno todo el pan que ha pedido, madre...»<sup>33</sup>. Sin embargo, perdieron las elecciones y al poco tiempo comenzó la Guerra Civil, María fue enviada como embajadora a Bélgica y se ocupó de los niños españoles refugiados: «La primera noche [...] cené con los niños, el gran tazón de sopa, las rebanadas de blanco pan. En todos los ojos, se reflejaba gozo tan intenso que yo, de emoción, casi no podía tragar»<sup>34</sup>. Y en las cartas que los niños escribían a sus familias enumeraban con regocijo las binandanzas: «“Madre comemos cuatro o cinco (tartines) para el desayuno”, “Madre, ¡comemos carne todos los días!”; “Padre, comemos queso!”»<sup>35</sup>.

Al terminar la Guerra Civil española, vivirá la tragedia de la Segunda Guerra Mundial en Francia, el timbre de la puerta le asusta por si es la Gestapo, en una carta de 1945 escribe: «Querido Jorge: No puedes figurarte el hambre que hemos pasado durante estos dos últimos años en Francia: basta saber que yo paseé de 80 kilos de peso a 49... y veo con terror acercarse otro invierno sin carne, sin leche, sin grasa, probablemente sin lumbre... ¿no podrías tú enviarnos alguno (un paquete) con materias más o menos grasas? Queso, jamón, corned beef, alguna clase de mantequilla, algo de confitura nos ayudarían a pasar los meses de frío»<sup>36</sup>. Años de penuria, imposibles de reflejar en los libros de historia. María escribe a mano porque ha vendido sus máquinas de escribir para comer y comenta que su aspecto exterior era más de bruja que de ser humano<sup>37</sup>.

Pero tomemos antes de despedirnos para disimular el gusto amargo de la guerra una taza de café, supremo deleite para María. En momentos de fatiga, una taza de café bien cargada a modo de analgésico y narcótico, le ha devuelto la vida o por lo menos, como ella dice «el ánimo para seguir viviendo... si fuese poeta ensartarías todas en un soneto»<sup>38</sup>. No al café, pero a otras delicias conyugales,

<sup>31</sup> *Ibíd.*, pág. 204.

<sup>32</sup> *Ibíd.*, pág. 183.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, pág. 215.

<sup>34</sup> *Ibíd.*, pág. 233-241.

<sup>35</sup> M. Martínez Sierra, *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia, 1989, pág. 237.

<sup>36</sup> A. Blanco, *María Martínez Sierra y la Política*, en J. Aguilera Sastre (coord.), *M. Martínez Sierra y la República: Ilusión y compromiso*, IER, Logroño, 2002, pág. 178.

<sup>37</sup> M. Martínez Sierra, *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia, 1989, pág. 255.

<sup>38</sup> *Ibíd.*, pág. 265.



escribió Gregorio un poema recogido en el libro «La casa de la Primavera» por donde tantos amigos pasaron. Para María, estos recuerdos son sumario del «goce de menudísimas sensualidades. ¡Cómo ha de agradecer el espíritu al cuerpo las suaves sensaciones que recordadas hacen sonreír y sirven a de alivio, andando los años y penas, en tantas horas duras de pasar!»<sup>39</sup>.

#### BIBLIOGRAFÍA

- MARTÍNEZ SIERRA, M., *Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración*, Pre-textos, Valencia, 2000.
- *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia, 1989.
- GULLÓN, R., *Relaciones amistosas y literarias entre Juan Ramón Jiménez y los Martínez Sierra*, Publicaciones de la Universidad de Puerto Rico, 1961.
- BLANCO, A., *María Martínez Sierra y la Política*, en J. Aguilera Sastre (coord.) M. Martínez Sierra y la República: Ilusión y compromiso. IER. Logroño 2002.

---

<sup>39</sup> M. Martínez Sierra, *Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración*, Pre-textos, Valencia, 2000, pág. 290.

